

El mahometismo sería menos malo, porque al fin Mahoma no se hizo adorar como Dios; el paganismo sería menos impío, porque los paganos ponían sobre sus ídolos una divinidad superior que gobernaba el mundo con el concurso de dioses subalternos.

Y, sin embargo, dieciocho siglos, trescientos millones de hombres, no han cesado de adorar á Cristo, como al Dios omnipotente, infinito y eterno.

Si Cristo no fuese Dios, el cristianismo sería la más asombrosa impiedad y de ella habrían salido frutos de piedad adorable, el heroísmo de la virtud, el heroísmo de la pureza y el heroísmo de la caridad.

Esa colosal idolatría habría engendrado dieciocho siglos de fe, de abnegación, de honor, de generosidad, de ciencia, de luces, de progreso, de civilización, de dignidad, de perfección humana.

Tanta locura aterra, tanto escándalo espanta.

La verdad existe, la virtud existe, Dios existe, luego Cristo es Dios.

No hay verdad en el orden metafísico, en el orden físico y en el orden moral que se presente al espíritu humano con un encadenamiento de pruebas tan poderoso, como la divinidad de Cristo.

Cristo nació como Dios, habló como Dios, obró como Dios en el orden físico, en el orden intelectual y en el orden moral.

Cristo obró como Dios en el orden social, porque, sin recurrir á los medios humanos, supo fundar una sociedad religiosa que ha vencido al espacio y al tiempo, á los hombres y á las cosas.

Cristo murió como Dios y resucitó como Dios, porque anunció su muerte y salió de la tumba como había predicho por su poder y su virtud propia.

Cristo, en fin, ha reinado como Dios sobre las inteligencias, por la fe; sobre los corazones, por el amor; sobre las almas, por un culto de adoración universal y perfecto.

Sería necesario dudar de todo, desesperar de todo, negar todo, si se niega la divinidad de Cristo.

Si hay bajo el cielo una verdad cierta, brillante, incontestable, es que Cristo es Dios.

LA IGLESIA IRREPROCHABLE TESTIGO DE LA DIVINIDAD DE CRISTO

Demostrado que los Evangelios son veraces y auténticos, hemos podido patentizar, á la luz que

ellos difunden, que el hombre admirable, cuya historia refieren esos libros, no era un hombre solo, sino un Hombre-Dios.

Esos libros, cuya autenticidad no puede ponerse en duda y cuya veracidad nadie ha podido destruir, aun simplemente considerados como libros humanos y no como el fruto de una inspiración divina, nos han hecho conocer que Cristo nació como Dios, porque antes de nacer había vivido durante cuatro mil años en la memoria de los hombres; que había hablado como Dios, porque había hablado en su propio nombre, había hablado á todos los hombres y sólo él se había llamado Dios; que había obrado como Dios en el orden físico, porque su soberanía había triunfado de la substancia de los cuerpos y de las leyes que los gobiernan; que había obrado como Dios en el orden intelectual, porque su poder profético había abrasado el pasado, el presente y el porvenir en una sola y misma intuición; que había obrado como Dios en el orden moral, porque su corazón estaba dotado de una triple fuerza divina de abnegación, de dilatación y de expansión; que había obrado como Dios en el orden social, porque, sin valerse de medios humanos, había fundado una sociedad, vencedora

del tiempo y del espacio, de los hombres y de las cosas; que había muerto como Dios, porque había predicho con certidumbre la muerte más incierta, había escogido con libertad la muerte más ignominiosa y había sufrido con paciencia divina la muerte más cruel, y que había resucitado como Dios, porque salió de la tumba, como había predicho, por virtud propia y por su propio poder.

Estos hechos, que revelan que Cristo era Dios, que invenciblemente acreditan su divinidad, están consignados en el Evangelio.

El Evangelio es, por lo mismo, el testimonio de la divinidad de Cristo.

Pero Dios no dejó la historia de su Hijo en manos del acaso, abandonando su autoridad al éxito indeciso de nuestras discusiones.

La rodeó al contrario de un sistema de precaución y cuidados que la pusieron al abrigo de toda mala fortuna.

Por otra parte, el Evangelio sólo puede ser estudiado por aquellos que saben leer, por aquellos que tienen tiempo para dedicarse á las pacientes investigaciones del pasado.

Los que carecen de esos elementos se quedarían

sin conocer la figura radiosa de Cristo, cuya vida quedó delincada en los Evangelios.

Era, pues, necesario que hubiera otro testigo de la divinidad de Cristo.

Ese testigo, vive todavía en medio de nosotros, testigo contemporáneo de los acontecimientos que refiere el Evangelio, y cuya afirmación, unida á la de los libros santos, confirma eternamente su autoridad.

Ese testigo ha visto, y su memoria fiel conserva con su frescura nativa su recuerdo ilustre al par que doloroso, todo lo que ha pasado hace mil ochocientos años de Belén al Calvario.

Ese testigo es la Iglesia.

De manera que la divinidad de Cristo se apoya en el testimonio del Evangelio y descansa también en el brillante testimonio de la Iglesia.

Ya hemos aquilatado lo que vale el testimonio evangélico.

Vamos ahora á estudiar lo que vale el testimonio de la Iglesia, vamos á ver si es un testimonio irreprochable el que brota de sus labios, bastante para que la inteligencia humana se someta á su palabra.

Para apreciar ese testimonio es preciso investi-

gar quién es el testigo, si sabe lo que declara, si afirma con sinceridad los hechos que atestigua, si es inteligente y si es de probidad reconocida.

Investiguemos, desde luego, qué cosa es la Iglesia.

La Iglesia es un ser múltiple que se ha apoderado del espacio, para extender en él su cuerpo inmenso, y se ha apoderado del tiempo, para hacer de él un testigo perpetuo de su inagotable vida.

Nada hay en la tierra que se asemeje á la Iglesia.

Las sociedades humanas están limitadas en su expansión por obstáculos naturales, y los pueblos se extinguen, cada uno á su vez, en crisis terribles, fruto con frecuencia de precoz corrupción.

El espacio se extiende y se divide, y no recibe por todas partes en las mismas proporciones, los elementos de la vida.

El aire, el calor varían según las latitudes de los países y los accidentes del suelo.

Aquí la zona templada; por una parte, zona tórrida, por otra, la zona glacial: lado á lado climas, de los cuales el uno sonríe, y el otro llora y se extremece; variaciones mortales, obstáculos más te-

ribles que la ira del océano, la fiereza de las montañas y la aridez de los desiertos.

En el espacio así dividido, la humanidad, una en su principio, se ha hecho múltiple por la alteración de la sangre que corre en sus venas.

Las razas, las nacionalidades, las patrias, son escudos impenetrables, más enemigos que el espacio de la fusión tantas veces soñada, tantas veces suspirada por la ambición.

Las sociedades humanas no han podido franquear esos obstáculos; no han podido ser dueñas del espacio.

Alejandro, engañado por el silencio de la tierra que había enmudecido en su presencia, avanza hasta los bordes del Indus: no tuvo tiempo para franquearlos.

Roma, triste y desengañada, debió detenerse cerca de las blancas osamentas con que sembró el infortunado Varus las llanuras de la Germania.

Carlos V, asistió al fraccionamiento de su imperio.

El más grande capitán de los tiempos modernos, al resplandor del incendio que había encendido en el corazón de Rusia, vuelve á través de los cadáveres helados de sus soldados, triste y con-

fundido, del país inhospitalario que traicionó su fuerza y su genio.

Hoy mismo Albión no resistirá á las fuerzas pacientes y siempre conjuradas del espacio y de la sangre.

Hay, sin embargo, una sociedad, ante la cual estas fuerza han quedado como heridas de inercia.

Ha franqueado las distancias y el radio de su poder, ha llegado á igualar el radio del espacio terrestre.

Se ha aclimatado por todas partes, bajo los fuegos devoradores de los trópicos y del ecuador, como bajo los hielos del polo.

Se ha establecido en el seno de todas las nacionalidades.

Blancos, negros, cobrizos, civilizados, bárbaros, salvajes, han recibido sus costumbres en sus costumbres, sus instituciones en sus instituciones, sus leyes en sus leyes.

La Iglesia es universal.

Pero esto no es más que la mitad del prodigio, ó si esta palabra da miedo, no es, diremos, más que la mitad del fenómeno.

La Iglesia está en todas partes; pero la Iglesia

también existe siempre: ocupa el espacio y domina el tiempo.

La historia que registra tantas muertes, tantas catástrofes, para la Iglesia sólo ha escrito páginas de vida.

Roma ha sucumbido; los bárbaros se han dividido los restos de ese imperio que había naufragado; los bárbaros mismos poco á poco desaparecieron; Bisansio se fundó bajo el soplo envenenado del Islamismo; el Islamismo muere, y nacionalidades vigorosas que prometían larga vida, han sido devoradas por los buitres.

Lo que sabemos, es que el pasado está lleno de funerales, nos promete muertes y nos anuncia que las sociedades más fuertes deben desaparecer un día.

Una sola es indefectible, la Iglesia.

Las edades han pasado sin quebrantar su cabeza, sin arrugar su frente, sin emblanquecer su cabello, sin encorbar su espalda, sin hacer que sus pasos flaqueen. Cuando la Iglesia parece que ha terminado, renace como la yerba inmortal que arranca el diente de los animales.

Y renace siempre la misma, porque su vida no cambia.

La Iglesia está por todas partes, existe siempre y es la misma.

Esa es la Iglesia.

Y lo que ella testifica, lo conoce bien: lo ha visto.

Cristo al verla llena de vida, le dijo: "Tú serás testigo mío en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaria, y hasta en los últimos extremos de la tierra."

Y desde entonces, convencida de que su deber consiste en ser testigo, no ha cesado de manifestar al mundo la extraordinaria y prodigiosa manifestación de Dios, por medio de su Hijo Jesús.

La Iglesia testifica lo que vió, y repite al mundo que Dios vino en nuestra carne mortal, que su madre le reclinó en un pesebre, que el niño crecía en gracia y sabiduría, que á los treinta años comenzó á recorrer la Judea y á predicar el reino de Dios, que amaba á los pobres, que curaba á los enfermos, que consolaba á los afligidos, que resucitaba á los muertos, que sus dulces palabras enternecían los corazones, que las pecadoras caían á sus piés, que los publicanos arrepentidos le recibían en su mesa, y que un día traicionado por

uno de sus discípulos, murió por la salud del mundo perdonando á sus enemigos.

Y la Iglesia repite que esto que declara, que atestigua, lo atestigua y lo declara por que lo ha visto: *Quod vidimus testamur*»

Y la Iglesia al dar testimonio de lo que ha visto lo dice con sinceridad, porque ese es su deber.

La Iglesia no testifica maquinalmente y por accidente, como lo hacen las generaciones que se suceden y nos transmiten los acontecimientos de la historia.

La misión de la Iglesia, su razón de ser, su nota característica, es testificar.

Y aun cuando quisiera engañar, quisiera traicionar su destino, no podría hacerlo.

La Iglesia está por todas partes; su difusión hace imposible toda coalición y toda unanimidad en la impostura.

El espacio y la sangre que ella ha vencido, se han convertido en guardianes incorruptibles de su fidelidad.

Cuantos obstáculos hay en la naturaleza y cuantos contrastes hay en la humanidad, son otras tantas oposiciones á la falsificación y á la corrupción de su testimonio primitivo: lo que ella cam-

biara en un lugar no podría cambiarlo en otro, sin levantar contradicciones que la dividirían, y que serían para ella fatales.

La Iglesia, señora del espacio y del tiempo, sociedad universal é indefectible, contemporánea de los acontecimientos que publica, atestiguando por deber lo que ha visto y obligada por su naturaleza á ser sincera; es un testigo irreprochable.

No hay hechos históricos que puedan comprobarse, como se comprueban los que la Iglesia anuncia.

Ya esto es bastante para que su testimonio se admita sin reserva. Sin embargo, las altas cualidades de que está revestida, su inteligencia y su moralidad, realzan en gran manera su testimonio.

La Iglesia es una sociedad inteligente.

Los inmensos trabajos de los escritores que se han hecho la honra de pertenecer á ella, lo acreditan con evidencia.

Los hay comunes y medianos; pero hay también entre ellos sabios admirables, cuya alma, más de una vez, ha sido visitada por el genio.

La incredulidad misma, por más empeño que tiene en calumniar nuestras glorias y probar que

la Iglesia es una institución tenebrosa, constantemente ocupada en rebajar la inteligencia, no ha podido ocultarlos.

Ireneo, Justino, Tertuliano, Orígenes, Cipriano, Ambrosio, Agustín, Jerónimo, León, Basilio, Gregorio, Hilario, Crisóstomo, Anselmo, Tomás, Buenaventura, Pascual, Bossuet, Fenelon, y tantos otros, son grandes espíritus que pertenecen á nuestras legiones, y cuyas obras bastan sin duda para probar la vitalidad inteligente de la Iglesia.

La Iglesia ha sido creada para dar testimonio; pero no como un instrumento que maquinalmente produce las vibraciones que se le imprimen: ella medita su testimonio, lo prueba, lo explica, lo comenta y lo abreva de luz que brota del genio, del estudio y de la oración.

Cristo escogió por primeros discípulos á hombres ignorantes, para que el mundo fuese confundido, en primer término, por la pequeñez y la nada; pero no desdeñó á aquellos á quienes la naturaleza había enriquecido con más preciosos dones.

San Pablo, los Doctores y los Padres de la Iglesia, sobrepasan con mucho á los autores á quienes en el mundo prodigamos nuestra fácil admiración.

La Iglesia, por el número y poder intelectual de sus hombres, aventaja á cualquiera otra sociedad sabia de las que han existido y existen en la tierra.

La Iglesia, desde que tenía los piés en la sangre y la cabeza bajo el hacha del verdugo, ha estudiado y estudia siempre.

Cuando el Norte vomitaba torrentes de bárbaros, ella en los desiertos, en los bosques, pobremente vestida y pobremente alimentada, se dedicaba al estudio, ocultándose á las miradas, bajo las bóvedas de los conventos.

Hoy que el mundo todo quiere competir con ella, estudia, como si nada hubiera hecho.

Al levita que va á cubrir con sus manos benditas, le dice: «Acuérdate que los labios del sacerdote son custodios de la ciencia.»

La Iglesia estudia: no le aterran ni la soledad, ni la fatiga, ni esos libros ingratos y difíciles que desesperan nuestra ligereza: ella los abre, los consulta, los ordena, los hiere cien veces, ayer, hoy y siempre, con el martillo de la reflexión para hacer que broten de ellos centellas desconocidas.

La Iglesia estudia; pero con prudencia, teme las aventuras funestas en que puede compromete-